

tono de lo cursi y semibufo á alguna situación. Así, por ejemplo, en el final del segundo acto (el que prueba el instinto del poeta), D. Juan levanta el gatillo de una pistola, y como un guardaviñas, le echa el alto al hospiciano, diciendo: «La opinión exige que yo mate á ese hombre.»

¡Qué ha de exigir, Sr. Cano, qué ha de exigir!

¡Buena suerte tiene usted con que no tomemos esto por lo serio! porque si se tomara, sería facilísimo probar que el drama de usted es disolvente (como los cuadros). Yo no sé si la opinión pública habrá hecho alguna vez alguna que fuese sonada; pero lo que es en el drama del Sr. Cano, nada se arreglaría con que la opinión fuese de otra manera.

Figurémonos que la opinión no sospechase de la conducta de Gloria: ¿dejaría por eso Agramonte de estar enamorado de su propia madre? ¿Dejaría de estar á oscuras la habitación en que el hospiciano da un beso á la chica, creyendo dárselo á la mamá? No dejaría tal, porque el Sr. Cano es hombre que aprovecha las ocasiones y sabe hacer un trocatis de esos que son el encanto del público impresionable. ¿Había de quedar el teatro á oscuras y había de faltar *quid pro quo*? Imposible. Por otra parte, ¿dejaría Gloria, á pesar de la pública opinión, de tener el corazoncito como una avellana, y todo lo enfermo que al autor convenía para sus planes ulteriores? ¿Dejaría la chica de estar tomando el rábano por las hojas? ¿Dejaría de ser tonta al creer que un hombre le hace el amor á ella, cuando se lo hace á su mamá? Aquí el único que pudo evitar todo esto fué el Sr. Cano (y tal vez el director del teatro); pero la opinión pública, ¿qué tenía que ver? En fin, á Dios gracias, ya todo se acabó. D. Juan está en la cárcel, porque aquellas imposiciones y aquellos monólogos no podían parar en otra cosa; Agramonte se pegó un tiro, sin duda por no morir ahorcado; la niña se murió de la enfermedad que venía trabajándola desde el primer acto, y la mamá, si bien no puedo jurar que esté muerta, doy fe de que cayó

desplomada, como herida por el rayo. Es de creer, y aun desear, que ya no levante cabeza. Muertos todos los personajes principales, el autor encarga la *moralidad* de la obra á dos entes abstractos, que representan «la maledicencia en sus manifestaciones de ambos sexos.» Porque es de advertir que el autor confunde á la opinión pública con los murmuradores de oficio.

No se explica lo que hacen todo el día de Dios Angel y Virtudes en casa de D. Juan; sin duda están allí para que el público se entere. Debo decir de paso al actor encargado del papel nada simpático de Angel, que se puede ser maldiciente y tener mejores modos. Una lengua viperina no exige maneras tan poco finas. No está bien visto eso de cimbrear el cuerpo y sacudir las piernas, y meter las manos en los bolsillos, y estirar el labio inferior con desprecio, y otra porción de demasías que no se las habrán enseñado en su casa. Que el hospiciano tuviera malas mañas, pase; pero Angelito debería estar más en autos.

Sin embargo, no es esto decir que los buenos modales sean todo en este mundo; y si no, ahí está el Sr. Morales, que con los mejores modos, y sin faltar á las formas, es de lo que no se ha visto en eso de no hacerlo bien, ni mucho menos. La señora Marín, á propósito de hacerlo mal, tiene la debilidad de creer que todo lo dicen los poetas con segunda intención, cuando, las más veces, ya se contentarían ellos con la primera. ¿A qué subrayar todas las palabras? ¿á qué fingir ironías donde no las hay? El Sr. Vico comprende que su papel no vale la pena, y no se la toma. La señorita Contreras sigue en su progreso, que no es uniformemente acelerado; le faltan buenos modelos que imitar; ella también da una *intención*, que huelga muchas veces, á todo lo que dice...; pero, ¿quién duda que de la señorita Contreras se podría hacer una buena actriz?



## «THEUDIS» (SÁNCHEZ DE CASTRO)



El Sr. Sánchez de Castro, autor del drama trágico y visigodo *Theudis*, habrá leído el *Cándido*, de Voltaire, obra prohibida, es verdad; pero el joven poeta no dejará de tener la correspondiente licencia para leer cuanto malo se escriba; licencia que otorga Roma á sus hijos predilectos y más avisados. Pues si ha leído ese libro empecatado, acaso recuerde el gran papel que en él desempeña la providencia de cartón empleada por el Sr. Sánchez de Castro en sus dramas; providencia que tiene su corte celestial entre las bambalinas, y por cólera celeste la caja de los truenos. Cuando el infortunado Cándido vuelve de Querian á Europa en compañía del sabio maniqueo, contempla en medio de los mares la sumersión del barco holandés, donde van sus tesoros, robados por el infame Vanderdendur, y al ver allí la mano de la Providencia, exclama Cándido: «Mirad

cómo el crimen es castigado algunas veces; ese ladrón, ese capitán holandés, ha tenido la suerte merecida.» A lo cual contesta Martín el maniqueo:—Sí; pero ¿era necesario que se ahogasen también los pasajeros? Dios ha castigado á ese bribón, y el diablo ha ahogado á los demás.

¿Recuerda ese pasaje el Sr. Sánchez de Castro? Sin duda debió de tenerlo presente al escribir su drama, á no ser que le haya servido de musa cualquier doctor Pangloss, sin que el poeta se diese cuenta.

Esto no es comparar al ultramontano español con el optimista de Voltaire (cuya novia, la de Cándido, por cierto, se llamaba Cunegunda, nombre que suena á personaje de Sánchez de Castro); pero no me negará el poeta que si Eurico mata á Theudis, siendo así el instrumento de la divina Providencia, él se hace criminal á su vez; y en un solo acto tenemos que ver, como el maniqueo Martín, la mano de Dios y la del diablo.

Si el Sr. Sánchez de Castro pudiera demostrarme—y vea cómo le facilito los argumentos—que Dios es jesuíta y que también, en su inapelable juicio, el fin justifica los medios, no tendría nada que responder; pero mientras esto no se demuestre, ¿cómo ha de caberme en la cabeza que su Divina Majestad tenga tan pocos recursos dramáticos que necesite precipitar en el crimen á Eurico, cegarle, para castigar á Theudis? Harto castigado estaba con aquel catarro crónico que el Sr. Jiménez le atribuye, sin duda porque habrá averiguado por las historias que aquel monarca padecía de los bronquios, y hacía padecer á sus súbditos del tímpano. Y ya que de todas maneras Eurico había de matar á su padre, porque así estaba escrito en los altos designios del Sr. Sánchez de Castro, ¿por qué le da de puñaladas en el bajo vientre, teniendo como tiene á su disposición aquella filosofía escolástica y aquellas décimas, que algunos llamaron calderonianas, sin duda aludiendo á los payazos del ilustre picador?

Las décimas nadie se las hubiera visto, y el puñal es

cosa que se oculta con dificultad, tanto mayor después de la primera intentona, cuanto que entonces debieron registrarle; porque á los locos (y por tal tomaron á Eurico), cuando son furiosos y atacan á las personas, se les quita de las manos toda arma, propiamente dicha, mientras que las décimas no era posible que se las quitaran.

Hablando con formalidad, señor autor: ¿usted cree que el hombre, en cuanto es libre, arremete á puñaladas contra su padre? No es que yo tema por los padres de los españoles, que por ahora no habría miedo que matasen á nadie; pero en otros países hay su poquito de libertad, y allí, para evitar el parricidio, deben ser todos del Hospicio.

La verdad es que Theudis peca de desprevenido. El día anterior había tenido un pie en la sepultura, y lejos de escarmentar, cuando su amante hijo vuelve con sus décimas, con su puñal quiero decir (décimas debieran ser), y le avisa con alguna antelación que vuelve á las andadas, él, el rey, ni siquiera coge un taburete para mantenerse en una prudente y decorosa defensiva. ¿Qué hace Theudis? Oye que le llaman á lo lejos ¡Theudis, Theudis! y dice: «¡Tate! la voz de mi conciencia.» ¿Pero dónde diablo tenía Theudis la conciencia, que la oía como quien oye campanas? En justo castigo de tomar las metáforas religiosas al pie de la letra, llega la voz de su conciencia y le convierte en una criba el susodicho bajo vientre. No es que yo me oponga á la muerte de Theudis, y por mí aunque no hubiera nacido; pero si á morir vamos, ¿por qué no habían de morirse también, y de mala muerte, los demás personajes? Eurico, con su Boecio, puesto en verso español, y con sus décimas, que parecen obra de Orti y Lara, era acreedor asimismo al fin más desastrado.

La señora Tuscía, que por de pronto no debiera llamarse así, porque Tuscía parece nombre de perra ratonera; Tuscía, digo, es, como madre, poco diligente y poco escrupulosa. ¿Por qué engaña á su hijo de aquella manera? ¿Por qué le atribuye una genealogía que no es la suya? Le dice que

es hijo de Teodato, que es, por lo visto, como entonces se decía, Fulano ó Mengano; y la pícaro casualidad (por no decir pícaro Providencia, ni aun aludiendo á la del Sr. Sánchez de Castro) hace que otro Teodato, esto es, un Teodato verdadero, haya sido asesinado por Theudis. Eurico, que tiene el genio pronto y que necesita meditar si es o no libre, no tiene tiempo para reflexionar que puede haber muchos Teodatos en el mundo; y sin pedir ni siquiera el apellido, ni la cédula de vecindad, se va al rey y lo mata. El pobre-cito se equivoca, como suele acontecer á todos los filósofos escolásticos.

Balta es una figura vestida de blanco que arrastra la cola y los endecasílabos por la escena, acudiendo siempre que hay alguna desgracia que llorar: y por cierto que aquello se parece al mundo en que es un valle de lágrimas, como dice la Salve: cuando no lloran de tristeza, lloran de alegría.

En cuanto al desenlace, tiene la novedad de que se ve dos veces: al final del segundo y del tercer acto, con la sola diferencia de que la primera vez es frustrado, y consumado en la segunda. Sin duda el autor lo ha hecho así para que los espectadores que no puedan resistir la obra entera, puedan marcharse después del acto segundo, y, sin embargo, sepan á qué atenerse.

Se me olvidaba advertir que el drama es histórico, lo cual se conoce en que los actores andan vestidos como Dios les da á entender. Theudis luce un vistoso traje de balcón de aldea en un día de procesión. El cual Theudis, lo mismo podía ser Theudis que Theudiselo, ó Turismundo ó el rey que rabió. En cuanto al color de época, por lo visto era el marrón, á juzgar por las percalinas de los personajes. El autor no dice ni dónde sucede todo aquello (y hace bien, porque no lo sabe, y nunca se debe mentir), ni qué clase de costumbres existían entre aquellos señores visigodos, ni cosa alguna que se pueda parecer á lo que la crítica tiene derecho á exigir de un drama histórico.

· Sin embargo de todo lo cual, hubo quien dijo que con Theudis volvía á aparecer el sol de la escena.

· Si Theudis es un sol, que venga Casiano y lo vea.

· *Última hora.*—Al entrar en caja nuestro periódico, el señor Sánchez de Castro aún no había sido nombrado académico.



### «EL FRONTERO DE BAEZA»

(RETES Y ECHEVARRÍA)

ENDEBLE han dicho algunos diarios que era la última obra de los Sres. Retes y Echevarría: á mí me ha parecido robusta y fortísima, de férrea musculatura, y con más alientos que un mozo de cordel. ¡Pues apenas hay allí asaltos, cuchilladas, mandobles; toques de bocina!... ¡Y Pa-

reño? ¿Qué me dicen ustedes de Parreño, que es el símbolo del género que cultivan con tan infatigable asiduidad los Sres. R. y E.? ¿Cómo ha de ser endeble drama en que Parreño salga, vestida la *férrea cota*, dando manotadas en el pecho y moviendo el convulso brazo de arriba á abajo hasta llegar á ocultar los ojos entre la mano (gesto que suele coincidir con la caída del telón)?

Pero lo más simbólico del Sr. Parreño es el capacete que luce en *el Frontero de Baeza*: aquellas dos plumas tan largas y tan iguales, que es imposible atribuir á una gallinácea vulgar, representan, sin duda alguna, las péñolas respectivas de estos Dioscórides del teatro que se llaman Retes y Echevarría. Yo confieso al lector, aquí en puridad, que durante el primer acto apenas hice otra cosa que mirar el plumaje de Parreño; seguían mis ojos con gran atención todos los movimientos del llamativo penacho, y cuando el sesudo actor daba rienda suelta á alguna gran pasión, como el amor paternal ó el odio á los Rojas (otros creen que no se llamaban Rojas, sino Roxas, pero esto es cuestión etimológica); decía que cuando Parreño tenía que expresar algo que le llegaba muy adentro, conocía yo toda la vehemencia de sus sentimientos por el gracioso retemblar de las plumas; si *El frontero de Baeza* no fuera ya un cadáver, aconsejaría á los espectadores que se fijaran en el plumero á que aludo, y hallarían un no sé qué muy cómico en este detalle de la indumentaria del drama, ó, mejor dicho, de la indumentaria de Parreño.—Pero, en fin, vamos al drama. Estamos en Baeza, al foro dos cafeteras como dos castillos, ó dos castillos como dos cafeteras. *Sale* Parreño, que con su plumero y todo descuella sobre los castillos como una gran montaña: le dice á su hijo y confidente, para que el público se entere, que él, en cuanto Manrique, no puede menos de profesar un odio feroz á los Rojas: ¿por qué? Dios y él lo saben; el público jamás llega á enterarse de este particular, bien que tampoco muestra gran curiosidad por saberlo. Yo creo que los autores, si el público se hubiera

tomado la molestia de preguntárselo, con la galantería que les distingue, le hubiesen dicho todo lo concerniente al caso. Sigue el drama desarrollándose con gran interés para los Manriques y los Rojas. Parece ser que una hija de Manrique mayor, está enamorada perdida de un Rojas; sin duda la niña es romántica y quiere imitar la historia de Capuletos y Montescos, aunque más bien creo que no es la niña, sino los autores, quienes imitan. Ello es que la chica, de cuyo nombre no puedo acordarme, pero que en el mundo se llama Matilde Díez, anda con una dueña puertas afuera del castillo, mientras rondan aquellas cafeteras ó torres nada menos que dos caballeros, el uno llamado D. Diego y el otro Rojas de apellido; el cual Rojas es tañedor de guzla; una guzla muy bonita, que el Sr. Zamora debió de haber comprado en las ferias en calidad de guitarrillo. El Sr. Zamora, dicho sea entre paréntesis, no sólo se excedió á sí mismo, sino que excedió al Sr. Parreño con plumas y todo, que es cuanto exceso se puede dar. Ea, ya estamos en la habitación de la doncella en cabellos: no hay que asustarse; cierto es que en el camarín de la dama entran dos hombres, uno por un balcón y otro por una puerta excusada y practicable, que hay siempre en los castillos de los teatros para tales ocasiones, y para tales poetas, que sin puertas excusadas y practicables no aciertan á dar paso: decía que no había que asustarse á pesar de estas entradas con escalamiento; ni la hija de Manrique es capaz de faltar á su honor, ni los autores hombres que olviden las conveniencias de la moral; así que los galanes entran y salen á la manera que los rayos del sol pasan por un cristal sin romperlo, y no de otro modo que el Espíritu Santo encarnó en las puras entrañas de María Santísima.—Pero esto, que es tan claro para el Padre Astete, les parece un poco turbio á los Manriques, padre é hijo, y se empeñan en casar á su hija y hermana respectivamente... ¿con quién? con D. Diego, precisamente el galán desdeñado. No, y lo que es casar la casa...

D. Diego, bueno será que ustedes le conozcan, es el mayor galopín que come á manteles: por ganar una apuesta inverosímil, hecha con una cortesana imprudentemente, se cuele en casa de los Manriques, como D. Juan Tenorio en casa de la novia de D. Luis Mejía, solamente que se cuele en mucho peores versos: única circunstancia atenuante para tamaña villanía es en D. Juan su rico lenguaje; pero don Diego no se anda con retóricas, y entra de rondón. Y no sólo comete esta felonía, sino que luego aprovecha infamemente una serie de circunstancias fortuitas para ganar la mano de la niña, que sabe que no le quiere, ni le puede querer siendo tan redomado tunante. (Luego ya veremos que si le llega á querer, á consecuencia de haber acuchillado el D. Diego á los moros).—En el segundo acto don Diego es fronterero de Baeza, como consta en un documento oficial escrito en verso y en fabla antigua por D. Enrique el Doliente, de quien no conocía yo decretos rimados: debía de ser cosa divertida una oficina de Estado en aquellos tiempos, cualquiera diría que eran ya entonces los empleados actuales de Gobernación y Hacienda funcionarios públicos. Lo que á mí me choca más en ese *instrumento*, es la *fabla*, ¿por qué el rey usa el castellano antiguo y los demás el castellano moderno? Otra de las preguntas que el público no ha querido hacer á los autores; y que se quedará sin satisfacer.—Debo advertir á ustedes que si siguen profesando odio y mala voluntad á D. Diego, están muy equivocados: D. Diego es ya muy otro hombre; mientras estuvo en la oposición, anda con Dios; pero ahora que es funcionario público, se ha hecho hombre de gobierno, y ya no piensa más que en comerse ilegales eruditos, moros quiero decir. Rojas, alias Zamora, asiste á una cita en casa de D. Diego, que sin duda, para que se le haga la boca agua y le crezcan los dientes de envidia, le recibe á presencia de su mujer, que es, como ustedes recordarán, la novia que le *dirió* de la manera más infame y traidora. Pero, además de esto, le saca á bailar, es decir, le manda que cante, como los pa-

radisíacos al Sr. Robles cuando no les gusta un tenor;—Rojas está que se le llevan los demonios, y para abreviar; se pasa al moro; que, eso sí, en este drama todos son unos cumplidos caballeros: de paso roba á la mujer de D. Diego...; pero no teman ustedes tampoco, porque si hemos de creer á la señora *frontera de Baeza*, y si la creemos por el qué dirán, todo pasó esta vez como la otra, sin romperse ni mancharse

Su castidad, virginidad más santa  
que la primera castidad del cielo.

Estos versos no son del drama, sino de Campoamor, no confundir. Mientras moros y cristianos se cascan las liendres extramuros de Baeza, la señora de la casa se entrega á psicologías eróticas, y si entenacer de súbito, con toda la premura que exige lo avanzado de la hora, una pasión *atros* por su esposo y señor; pasión muy conforme á las buenas costumbres, y de ejemplo edificante. Pero, *muerto el fronterero de Baeza, el amor al...* quiero decir que D. Diego vuelve mal ferido de la refriega y se muere en unas quintillas medianas (creo que son quintillas, aunque no lo juraría).

También Rojas ha pasado á mejor vida en aquella reñidísima batalla: de modo que en este drama *no muere el inoente*, que es lo que les gusta á mi patrona y al revistero de *El Siglo Futuro*. Mueren, y está muy bien hecho, dos pícaros, y los dos mueren de puñalada de pícaro: porque no hay que olvidar que D. Diego fué también un tunante, aunque se arrepintió en cuanto llegó al poder. Los Manriques, que son la inocencia andando, no se mueren durante la representación; pero si la obra tuviera epílogo, de fijo los veríamos en un apoteosis (muy mala por ser del teatro Español) subir, mediante sendas cuerdas de esparto, al limbo de los niños.—En cuanto á la señora de D. Diego, es probable que se haya vuelto á casar con cualquier otro *matamoros*, pues su amor es tan patriotero como voluble.—

Para concluir, suplico á los comparsas que sean más consecuentes con sus barbas; tal infanzón hubo que se fué á batallar con un bigote más largo que el de Víctor Manuel, y á la media hora volvió lampiño.—Estos pormenores deben cuidarse, más que nunca, en esta clase de obras que dejan al espectador vagar sobrado para fijarse en las menudencias de la representación, á falta de mayor interés en otra parte.—Lector, si tienes novia, y en vez de atender á la escena deseas que atienda á tus miradas, pide a Dios (ó á Retes y Echevarría) muchos dramas como *El Frontero de Baeza*.—Histórico: yo oí en un palco, mientras los moros tomaban á Baeza, estas palabras significativas: «¿Pero, hombre, ha visto usted qué tiempo?»—Estos dramas me gustan á mí; tranquilos, y, sobre todo, morales.



«EL CASINO»

(CAVESTANY)

Yo no lo he dicho, como dicen en *El dominó azul*. Bien sabía que era el Sr. Cavestany el autor de *El Casino*; pero creí de mi obligación ocultar el nombre del poeta, ya que el público no había manifestado deseos de saberlo oficialmente. Pero toda vez que otros colegas han tirado de la manta, no llevaré más lejos mis escrúpulos. Ahora bien; siendo la obra estrenada hace días en Apolo original del Sr. Cavestany, es necesario, en honor al autor, decir algo de su aparición efímera.

Hasta la presente no había yo tenido ocasión de examinar obra alguna del joven poeta; había oído muchos rumores relativos á la originalidad más ó menos absoluta de *El esclavo de su culpa*, pero no quise intervenir en el asunto.

(aunque digan los redactores de *El Domingo* que me gusta meterme en todo) por falta de prueba plena. La cuestión estaba puesta, por culpa de los amigos impertinentes, en un terreno que ofrecía grandes peligros para la fama del precoz poeta. ¿Era ó no lo que se llama un genio el Sr. Cavestany? Los revendedores, á juzgar por el precio de las butacas, habían resuelto la dificultad: tres duros costaba una butaca para ver *El Casino* desde ella; no cabía duda de que el Sr. Cavestany era un genio. Mejor—decía yo para mí, tentándome el bolsillo, que había quedado para pocos genios;—precisamente me encantan los monstruos; vamos á ver éste, que aun en este caso es mucho más barato que el Sr. Cánovas.

No sólo eran los revendedores los que anunciaban la venida del Mesías, como los pastores de Belén; también el señor Revilla parecía un pastor de Belén anunciando en el Sr. Cavestany al poeta que había de restaurar, en compañía del Sr. Sánchez de Castro, este pobre teatro español que el Sr. Echegaray estaba echando á perder.

En fin, que se levantó el telón y unos cuantos actores de cuarta fila comenzaron á decir tonterías; pero ex profeso, para que el público supiera que en los Casinos se dicen también tonterías, y no sólo en los Ateneos y revistas de periódicos. Ello era que se estaba preparando un baile, y ya se sabe, las señoras son curiosas, y no podían faltar; sobre que si faltaran no podría el Sr. Cavestany *desenvolver* la acción, que ojalá no la hubiera desenvuelto, ó *developpi*, que diría Asmodeo. El señor conde y la señora condesa, ex costurera, se cuentan en el Casino sus respectivas historias; hacen alarde de la mutua gratitud que se deben, y entre ripio y ripio se les pasa el tiempo. Lorenzo conferencia en el Casino con su señora madre, y se despide hasta el valle de Josafat.

Cualquiera dice que son dos culpables amantes, y no madre é hijo; pero al Sr. Cavestany le conviene que parezca lo que no es, para que luego el público se entere de quién

es el verdadero padre de Lorenzo en el momento solemne de estar pegándole su señor hijo una solemne bofetada, con el plausible motivo de haber infamado á su señora madre el susodicho papá. Aquí el público debería empezar á sentir el calor de humanidad y á batir palmas; pero el telón descendiendo sin que se tome muy á pechos aquel ultraje que sacó de su cabeza el Sr. Cavestany, no con el propósito de desacreditar á la honrosa clase de los padres de sus hijos, sino con el fin honesto de enternecer á los corazones píos y cosechar inmarcesibles laureles.

En el segundo acto, Gaspar, que es el que recogió la bofetada *in partibus infidelium* que le regaló su señor hijo, reitera sus ofensivas afirmaciones respecto del honor de la mujer en quien hubo al galancete que hubo de darle la bofetada.

Esta es ocasión de decir que Gaspar es un ateo de tomo y lomo, escéptico, burlador de virtudes callejeras, y que por una apuesta de Casino deshonor á una muchacha, engañándola con promesa de casamiento. Lo cual que, como dice la ex costurera delicadamente, ella se entregó porque los papeles estaban para llegar de un momento á otro. Oí vidó aquello de «no firmes carta que no leas.» Pero Gaspar se convence al cabo de lo que el público sabe desde el principio, á saber: de que él es un tunante de baja estofa, sin pizca de interés, repulsivo y digno de morir de mala muerte y de malas quintillas. En efecto: así como otros se envenenan con fósforos de Cascante por haber perdido el seso, Gaspar, que no tuvo seso en toda la vida, á pesar de su escépticismo, lo cual les pasa á muchos escépticos, que por que lo son ó lo aparentan se creen más listos que Cardona; digo que Gaspar deslía en un pliego de papel medio cuartillo de quintillas, se las toma y revienta, cumpliendo las leyes de la química orgánica y poética.

El conde perdona á su esposa la ex costurera y al hijo de sus entrañas (es decir, de las entrañas de su esposa); y el fruto prohibido que vivió de contrabando hasta la sazón, y



más quemado que un sargento de reclutas, se va á Ultramar con un empleo de ferrocarriles que le da el Sr. Cavestany, quien sin duda tendrá buenas relaciones ahora que mandan los suyos. La condesa se queda convencida de que es una Lucrecia que ha perdido los papeles, y resulta, en fin, que la culpa de todo la tenía... el Casino. Porque lo que dice el Sr. Cavestany: *si no hubiera toros, ¿habría toreros?* ó de otro modo: *si no hubiera Casinos, ¿se harían en los Casinos apuestas en que se juega la honra de una mujer?*

Claro que no: podrían hacerse esas mismas apuestas en otra parte, corriente; pero ya no sería en los Casinos, y esta es la moral de la comedia del Sr. Cavestany.

Y á propósito de apuestas: no estaría de más que el señor Cavestany escribiese alguna tragedia para tratar eso de las apuestas políticas, que convierten en un *sport* el hipódromo de la vida pública de los conservadores, como si dijéramos.

El Sr. Cavestany, no sólo ha demostrado que es malo apostar, sino que es retemalo calentarle la cabeza á un muchacho que hace un ensayo dramático digno de aprecio, para tener que darle luego una lección muy dura, que podrá aprovechar el joven en lo porvenir, pero que por de pronto tiene que ser muy dolorosa para el amor propio, quizá excitado en demasía por los aplausos excesivos y los vaticinios imprudentes.



## «SOLEIDAD»

(BLASCO)

Ya he tenido el honor de quejarme otras veces de la misma desgracia: el pueblo es tan infeliz, que la ciencia del pan, la economía, revuelve contra él sus dogmas; la política gubernamental le deja en la ignorancia y en tutela desdenosa, y, por último, la literatura le entrega al género cursi para que se le ponga en ridículo.

Esto último no sucede en todas partes; algunas literaturas extranjeras poseen obras de primer orden, en que se defiende la causa del pueblo con profundo talento y arte admirable; pero en España ningún autor de

verdadero mérito ha consagrado hasta ahora su atención y sus obras al mísero populacho.

Preciso es reconocer que el empeño ofrece en todas partes grandes dificultades, y aquí tal vez más que en otros países, porque la plebe tiene, por lo común, muy malas formas, y el fondo bueno que puede existir en sus instintos, en sus costumbres, está casi siempre cubierto de espesas capas que la pulcritud menos refinada repugna, y no sin motivo. Por de pronto, es necesario, para pintar con verosimilitud esa vida triste de la muchedumbre, navegar en pleno realismo; y escritor que se calce el coturno y escriba con quirotecas para no manchar el castísimo bulto, no sirve para retratar al pueblo.

Si en el arte lo más meritorio, pero lo más arduo, es hacer transparente la forma, de tal suerte que, como decía un estético alemán, sea á manera de fanal límpido que deje pasar la luz de dentro, ¿qué obstáculos no encontrará el artista para lograr tal propósito, cuando la forma en que trabaja es tan rebelde á todo pulimento?

Quizás los rasgos más felices de las obras artísticas en que se quiere reflejar los elementos de belleza que existen en esa vida de los pobres, pertenecen más bien *al sublime* que á la belleza propiamente tal; es decir, que más veces se ha conseguido conmover presentando el contraste de la apariencia ruda y del fondo poético, en este género de obras, por rasgos de verdadera sublimidad, que puliendo y alambicando y suavizando la corteza dura para que se hiciera transparente y dejase ver el contenido bello. La preferencia del procedimiento indicado tiene además la ventaja, muy digna de atención, de responder mejor á la verdad y á la justicia. Si idealizáis las clases bajas, como hizo la *Égloga* con los pastores, ó como está haciendo la literatura *azul* de nuestros días, faltáis á la verdad, porque el pueblo, por desgracia y por culpas en mayor parte ajenas, no es sino zafio, materialista, torpe, á lo menos en la apariencia, en la forma, en lo que se ve pri-

mero. Lo bueno, lo mucho bueno que en él existe, no se revela mintiendo primores y lindezas espirituales, sino estudiando, profundizando su modo de vida, el medio en que se encuentra; y esto ofrece dificultades que muy pocos vencen. Además, decía, con ese falso idealismo se falta á la justicia; porque si el pueblo que sufre hambre y sed y está desnudo tiene en su alma todos esos tesoros de platonismo que le hacen mirar como cosa baladí las miserias de la vida, las clases ricas estarán en su derecho si no le compadecen ni alivian; porque esa santa resignación, esos celestiales deliquios son más dignos de envidia que los trenes de un duque y que las arcas de un banquero. La justicia está en decir la verdad, en pintar á Calibán como es, como le han hecho. Ese pueblo que duerme á la intemperie, que vive en una ignorancia muy parecida á la del salvaje, ¿cómo ha de tener en su seno muchachas que parecen discípulas de Pitágoras, y que después de anunciar *La Correspondencia*, *El Diario*, recitan, casi en griego, los *versos de oro* ó el Fedon de Platón? Estas revendedoras de periódicos, ¿no se parecen á aquellas pastoras que D. Quijote encontró en una Arcadia imitada?

El que ama al pueblo de veras, y ha vivido cerca de él, y le comprende, y adivina, á través de tanta miseria, sus grandezas, y quiere reivindicar sus derechos, no le pinta de tal modo, sino que, sin atenuar sus vicios, su degradación, señala el origen de tales males, y enseña al mundo la llaga (aunque se tapen los ojos y las narices los clásicos de pega), para que el mundo se asuste y se horrorice de su obra.

Todas estas filosofías irían con el Sr. Blasco si no fuera porque, inconsecuente hasta en lo malo, cae en lo peor. Soledad, en el primer acto, pertenece á una casta de sílfides de alcantarilla que andan entre podredumbre y entre inmundicias, y que, sin embargo, como si fueran rayos del sol, lo tocan todo sin mancharse; pero después Soledad degenera en una cursi de sentimentalismo con tostada, algo

más liviana y egoísta de lo que el autor se propusiera; y por último... Soledad resulta hija natural de un duque, con lo que se viene abajo todo el edificio de trascendentalismo que había levantado el autor sobre el aire. Al fin de la obra dice que no se propone demostrar más sino que lo mejor es «abandonarse á los primeros impulsos.» ¡Y para decir semejante absurdo hacía falta tanta populachería y poner mal á Cataluña con Castilla la Nueva? Si lo mejor es abandonarse á los primeros impulsos, bien hizo aquel desalmado pirata callejero en dejar á Soledad en medio del arroyo, y bien hizo la mamá del poeta canijo en empeñarse, llevada por el primer impulso... Pero dejemos esto del impulso, que es demasiado fuerte para que necesite comentarios. Volvamos á Soledad: el autor ha querido pintar un ángel de plazuela, intento digno de censura, como he dicho; pero ¡si al fin lo hubiera conseguido! Nada de eso; desde el segundo acto Soledad se inclina á hablar bien de las que la protegen y mal de los que contrarían sus planes ambiciosos; porque el señorito, cuando ella va á barrer el cuarto ó cosa así, la da un beso y otro, y otro (cosa que ella recibe con sobrado agradecimiento), ya se figura que ha de casarse con ella y se desvergüenza con todos los que se oponen á esta santa misión á que Dios la llama. Si el duque, no se sabe por qué, le dice en un momento de buen humor: «yo te daré miles de pesos,» la niña ya dispone de los millones del duque como los carlistas del dinero de San Pedro; y, por último, lo peor que hace Soledad es resultar hija del duque: caída horrenda que pone la comedia seria del Sr. Blasco á la altura del teatro Guignault.

El poeta, otro personaje, es una especie de Soledad macho. Él es un bendito, eso sí; con un corazón de oro, espiritualista hasta las cachas, y, por fin, *no comprendido*; pero pide dinero prestado para irse á baños y luego no lo paga ni á tiros. (Por cierto que Soledad, en un *rasgo* de abnegación, hace pedazos el documento que acredita la deuda: ¡qué heroísmo, no dejar al *ser querido* que pague sus trampas!)

Después su mamá—la del poeta—le da un billete de 4.000 reales, y el joven, en un arranque de lirismo, lo juega á un caballo de bastos, v. gr. El suicidio era inminente. El muchacho vuelve á la escena diciendo: «todo lo perdí: el amor de mi madre, el dinero, etc.» No quiere decir que haya jugado el amor de su madre, aunque eso se saca del contexto; pero tiene disculpa para explicarse mal un poeta que no tiene un cuarto. El chico estaba muy enamorado de una vecina; pero de un acto á otro se le va aquel cariño y le viene otro; se enamora de Soledad, de la doncella, y para demostrarlo, sirven aquellos besos de que dejo hecha mención. El poeta no es hijo del duque, sino de doña Liboria, la mujer más perdida que ustedes pueden figurarse: delante del sentimental rimador descúbrese todas las picardías inauditas de aquella infame mujer; pero estos vates tienen corazón para todo, y el hijo ni siquiera pára mientes en las fechorías de su madre; tiene más que hacer, va á casarse con la hija del duque. El cual duque es el único tipo que no está mal dibujado, aunque es una caricatura.

La catalana hace reír con sus barbarismos y solecismos, como también el Sr. Blasco, que parece catalán en la mayor parte de sus comedias.

¡Qué forma, Sr. Blasco, qué forma! Ya se sabe: comedia de Blasco sin algún gazapo ó *sustercio*, es imposible: los de Soledad son abundantísimos; ya he dado á mis lectores una muestra hace pocos días, y no quiero ensañarme con aquellos ripios y desaguisados gramaticales.

No dirá el autor que no he tratado su comedia seria con toda la seriedad propia del caso. He hablado del arte, de lo trascendente, de la verdad, de la justicia, etc. Yo soy así: al són que me tocan, bailo.





«SOBRE QUIÉN VIENE EL CASTIGO»

(CAVESTANY)

**A**l Sr. Cavestany le han dicho—y de esto no hace ocho días—que había empezado siendo Ayala, y acaba siendo Cavestany. Le han dicho también que ahora iba por el buen camino, y que así se hacían las comedias; que no le faltaba más que envejecer para llegar á un pináculo que no sé si será el de la gloria. Otrosí: le han dicho que si había de seguir escribiendo de este modo, mejor haría en retirarse; pero no como las minorías, sino de verdad y para siempre.

El Sr. Cavestany puede repetir aquellos versos de Moratín:

«Cosas pretenden de mí  
bien opuestas, en verdad,  
mi médico, mis amigos  
y los que me quieren mal.»

El joven autor, si hace caso de lo que le dicen los periódicos, no va á saber á qué carta quedarse. Yo, por mi parte, no le daría más consejo que el que va indicado en el citado romance:

Mucho burro, muchos baños,  
y mucho no trabajar.

Entendámonos: lo de no trabajar se refiere al trabajo que le costará á uno ensartar tanto ripio para que después mueran en boca de estos ó los otros actores: por lo demás, el trabajo es la virtud del siglo XIX, como dice Castelar, y el Sr. Cavestany, que será hijo de su siglo, como Núñez de Arce, debe trabajar como todo hijo del siglo y de vecino. Yo bien comprendo que hoy en España, por culpa de los conservadores, la juventud se abre camino difícilmente, y que eso de las oposiciones es una trampa, porque todo se da al favor.

Ya que la musa le niega el suyo al Sr. Cavestany, llame á otras puertas, y el día de mañana, ó el de pasado, podrá ser director de Hacienda, ó de una caja, como su papá, ó de obras públicas; y entonces, ¿quién sabe? acaso sepa escribir comedias; y si no, ahí está el Sr. Garrido, que las escribía cuando era director de ese ramo; verdad que las comedias eran malas, pero el sueldo no dejaba de correr por eso.

En fin, haga el Sr. Cavestany lo que mejor le cuadre, con tal que no vuelva á hacer cosa que se parezca, ni con cien leguas, á *Sobre quién viene el castigo*.

Ello es que un Ernesto, que gasta los cuellos muy estrechos, quiere traer una querida á su casa para mayor comodidad; algo parecido á lo que sucede en un drama muy malo y muy traducido que se titula *El banquero*. La señorita encargada del papel de esposa se opone á las pretensiones del marido, pero con la poca energía que se puede desplegar contra quien es director de escena y empresario, como lo es, en efecto, Morales.

Afortunadamente, no faltó quien haya inventado la pólvora, y el autor, aprovechándose de tan feliz descubrimiento, que cambió la faz del mundo y de su comedia, hace que una hija de Ernesto, que habla más que catorce y abre mucho los brazos, encuentre una carta que el papá dirige á una concubina; carta que, con el susto de un disparo casual, como el de *Don Alvaro ó la fuerza del destino* (aquí es la fuerza del desatino), se le cae al Sr. Morales de las manos en un momento en que, por accidente fatal, no las tiene metidas en los bolsillos. De resultas de lo cual, la niña se va muy bonitamente al lugar de la cita de su papá, que es la casa de un solterón rico, pero que por pasatiempo tiene un oficio muy feo, que Cervantes llamaría por su nombre, pero no yo, que no tengo la autoridad de Cervantes. En la casa de la cita nadie conoce á la niña, porque va tapada, y su mismo padre la toma por su querida á primera vista. Esto es muy natural; lo que no es natural es que la gente que pásase por la calle sea más lince, y conozca á Elvirita en el aire de familia ó en no sé qué; el caso es que la conocen todos los transeuntes y hacen cola á la puerta, como en el *Tanto por ciento*, para contemplar la deshonra de la niña.

El papá reconoce que es un perdido, y el capitán, que es el novio de la niña, lo reconoce también, y se da por convencido, y la niña también lo reconoce, y se cae el telón del segundo acto sobre esta convicción profunda de los personajes. En el acto tercero, el general, que es el abuelo, vuelve del Ministerio y le pregunta á la muchacha adónde

ha ido (el abuelo sospecha, digo yo, que estuvo en Capellaes); la niña no canta por no comprometer á su papá diciéndoselo todo al abuelo, pero cuando entra la mamá, ya es otra cosa: declara que el que anda allí en un lío es... su padre. A la madre, que sabía muchas picardías de su esposo, no le coge esta noticia de susto; pero como siempre es bueno en las comedias poner el grito en el cielo para que se apiaden las almas caritativas que no están contaminadas de la venenosa crítica, aquella pobre señora coge el piso segundo con las manos, hasta que, afortunadamente, vuelve el descarrilado esposo muy arrepentido, porque su querida se ha fugado con un marqués.

Ya todo iba á arreglarse, cuando á la niña, que lo hace todo por su padre, se le ocurre preguntar por el capitán, á la manera que al público se le ocurría antes preguntar por el general. Pues bien: el capitán ha muerto en desafío por defender el honor de Elvira, que andaba en lenguas. A la niña le da el ataque de ordenanza, y Morales dice la moral de la fábula, á saber: que la divina Providencia da palo de ciego, y que unos cardán la lana y otros cobran la fama, y que siempre los azotes del desencanto son para el escudero.

Con todo eso ha hecho el Sr. Cavestany una comedia que le parece de perlas á D. Peregrín, que es lo peor. Además, la obrita está *esmaltada* de ripios que es una bendición, y tiene pensamientos, como se dice, del tenor siguiente:

Quando es muy grande el tesoro,  
tiene disculpa el avaro.

No diría más Harpagon, aunque lo diría mejor. Ahora, si ustedes me crucifican, yo no soy capaz de hablar en serio de este drama cómico, como quieren los redactores de *La Lejía* que se hable. Si yo supiera hacer dramas, le diría á Cavestany cómo se hacen; pero como no los sé hacer, lo único que le digo es que no se hacen así, y con eso basta.

El Sr. Cavestany necesitaría aprender el *A, B, C*, del arte; y la misión del revistero, aunque le llamen crítico los mal intencionados, no es enseñar las letras al que no ha de aprender á leer al cabo.

¿Por qué se empeña en hacer comedias el Sr. Cavestany? ¿Las hace su papá, y eso que es director? No: ¡y querrá él ser más autor que el autor de sus días, y por ende casi de sus comedias?



PRÓLOGO (DE CLARÍN)

**F**ABIÁN, saber pretenderás en vano si lloro de lo mucho que me río; quiero ocultar, como insondable arcano, la opinión que he formado de este lío escrito en progresista y castellano.

Yo antes era tan llano como Posada Herrera; no tenía jamás inconveniente en decir mi opinión á quien la oyera. ¡Cuántas veces le dije á algún pariente de algún autor bendito ¡ay! la verdad entera acerca del autor y del delito!

Amargos sinsabores cosechando, ahora he cambiado mucho; mi amigo Sánchez Pérez, que es muy ducho, me manda ser más blando, y la lección de la experiencia escucho